

padres, que no bastó para transformarlos enteramente, será parte para hacer más perfectibles á sus hijos; y aplicándose á su vez á éstos, adelantará un paso más y preparará á los nietos otra herencia mejor; y así, al cabo de cierto número de generaciones, habrá logrado obrar aquella transformación que en la educación de un solo individuo excede á su eficacia.

Por eso, si nos parece exagerado decir, como Kant, que el hombre no es otra cosa sino lo que de él hace la educación; creemos firmemente poder asegurar con toda certidumbre, tratando de los pueblos y de las razas, que la educación continuada, sostenida durante muchas generaciones, es el principal de los factores que determinan las esperanzas de su porvenir.

Y como los pueblos no viven aislados en el mundo, sobre todo en el mundo moderno, tenemos la firme persuasión de que, la futura abyección ó supremacía de las razas, está condicionada esencialmente por la naturaleza de la educación que en ellas á la larga predomine.

Los pueblos que educan á su juventud con una vigorosa disciplina intelectual, moral y física, prosperarán sin duda alguna en el tiempo por venir. Por el contrario, los que crían una prole endeble en todos esos tres conceptos, están destinados á desaparecer, ó caer bajo el yugo de las razas mejor educadas.

Y entablada la cuestión en ese terreno, que á nuestro juicio es el único sólido y verdadero; doloroso es habernos de confesar que, el porvenir de nuestra raza latina no se presenta nada risueño; y la comparación entre la educación que recibe nuestra juventud, y la que dan á la suya las razas germánica y sajona, nos ofrece serios motivos para temer que los latinos de uno y otro hemisferio no tenemos trazas de reconquistar la hegemonía que en otro tiempo poseímos en el mundo culto, ni aun de conservar dignamente el puesto que, por nuestras dotes envidiables, ocupamos todavía en el concierto de los pueblos civilizados.

Algo, y aun mucho se pudiera decir, de lo que se refiere á la educación física y á la salud y robustez de nuestros jóvenes, cotejados con sus iguales tudescos y británicos; sobre los juegos y deportes de los unos y los otros, y sobre el influjo que ejercen, ya sea en su lozanía, ya en la virilidad de sus iniciativas. Pero en esta materia dejamos la palabra á otros que más saben.

Tampoco vamos á detenernos ahora de propósito, en lo que mira á la educación *moral*, por la dificultad de comparar entre sí cantidades tan heterogéneas como las que nacen de las diversidades de religión, de constitución familiar y de costumbres influyentes en la formación del carácter.

Nos limitaremos á la educación intelectual, la cual, si por una parte se presta á más fáciles comparaciones que la educación moral, por otra, ha de ser más decisiva que la educación física; como quiera que los grandes éxitos del tiempo por venir, no han de pertenecer á los atletas, sino á los hombres de cultivada inteligencia y de fecunda iniciativa para abrir nuevos rumbos á los progresos de la civilización.

II

Y porque no hay más claro y sincero modo de explicar una idea, que exponer la génesis de ella, comenzaremos por declarar, que nuestras dolorosas impresiones acerca de la educación intelectual de la juventud latina de Europa y América, hanse originado primero de la consideración de hechos sociales, y sólo después hemos creído hallar la explicación causal de los mismos, en los métodos de enseñanza practicados en casi todas las naciones de nuestra raza.

Es un hecho deslumbrador, y que efectivamente tiene ofuscados los ojos de muchos, la creciente prosperidad material de las Repúblicas hispano-americanas. La Argentina, sobre todo, con ocasión del primer Centenario de su independencia, ha desplegado á los ojos de propios y extraños una tal exuberancia de vida y naturales rique-